AÑO 2 NRO. 16
2023

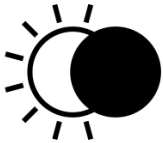
REVISTA

LLEUAME!

DE LITERATURA

EN ESTE NUMERO:
BERNARDINI / BUSTOS / COUSSEAU / NOVALIS

La revista literaria ***Llevame*** se enorgullece en presentar su decimosexto número. Si queres participar o dejarnos algún comentario contáctanos en:
ayaxzombieditorial@gmail.com
instagram.com/revista.llevame



Eclipse

Podría estar horas viéndola bailar. Ese vestido de lunares se lo había regalado él. Le da un sorbito a su vino blanco. Había estado varias semanas cuidando su figura para poder usarlo en el cumpleaños. No sabe cuántas veces lo planchó, pero le quedaba pintado. Él tenía puesta una corbata de lunares para combinar. Mira su vaso. Le da otro sorbito. La música es horrenda, pero le gusta verla feliz, para variar.

Un hombre de la mesa de al lado, que se dirige al patio, lo ve solo y le ofrece un cigarrillo toscano. Él declina cordialmente, bromeando que el humo haría que se le subiera el alcohol a la cabeza. El hombre ríe y le señala que recordaba haberlo visto fumando. Él le explica que a ella no le gusta. El hombre dice entenderlo y, tras mirar de reojo a su mesa, continúa hacia el patio. Le da el sorbito final a su vaso.

Hacía mucho que no la veía tan feliz. Siempre tuvo mucha energía. Él, por otra parte… Mira de reojo la botella en el centro de la mesa. Hace el esfuerzo de torcer la mano hacia la jarra de agua. Le da un largo trago. El cumpleañero también parece pasarlo bien. Hace rato que baila con su mujer, no muy lejos de ella. Se le nota la transpiración en la espalda y la frente. Cincuenta. El tiempo se filtra entre los dedos como agua.

Una nena que no puede tener más de cinco años se le acerca vergonzosa y le da un alambre de corcho. Dice que la mamá le dijo que él sabía hacer hombrecitos de alambre, y señala a una mesa del otro lado de la pista de baile. Una mujer le devuelve la sonrisa que se le escapa a él. Agarra el alambre y le dice a la nena que mire atentamente. Lo desarma, lo estira, lo dobla sobre sí mismo. Tiene dedos fuertes. Estira lentamente los concéntricos círculos dorados hasta volverlos bidimensionales y pellizca el más pequeño en tres puntos. Gira una ondulación sobre sí misma para hacer la cabeza, gira las dos más largas para hacer los brazos y, finalmente, tuerce el círculo más grande para hacer las piernitas. La niña está encantada, pero le resultaría casi imposible emular el proceso, aunque hiciera el

esfuerzo de recordarlo. Antes de entregárselo, toma una pequeña flor amarilla del centro de mesa y le dobla el tallo para que sea la cara del hombrecito. La nena rubia corre feliz a mostrárselo a su mamá.

Ella sigue bailando. Y él la ve joven. Ella hace que esa música horrible no sea tan mala, moviendo sus piecitos de un lado para el otro. Una pareja se acerca a la mesa y se despide. Él les pregunta por qué se van tan temprano y ellos le responden que los chicos se están muriendo de sueño. Él agrega que fue un placer verlos y que no duden en visitarlo cuando vuelvan a pasar por la ciudad. Ojerosos pero risueños, los cuatro prosiguen, interrumpen brevemente al cumpleañero para despedirse y desaparecen en la noche, todos de la mano. Que daría por volver a vivir eso. Porque ella recuperara algo de esa felicidad. Don Alejandro se termina el agua de un trago, se levanta esforzadamente y acomoda cuidadosamente el bastón contra la silla: ¡se acordó de que la ama! ¡Qué mejor lugar para recordárselo a ella que en el cumpleaños de su hijo! Agarra una flor roja del centro de mesa y corre milimétricamente hacia ella. Helena lo ve venir sorprendida y él le pide permiso a su pareja de baile, un caballero de siete años que resultaba ser su nieto, para bailar esa pieza. Después le pone la flor en el pelo, y empieza a mover los pies lo mejor que puede. Helena le devuelve la sonrisa con un abrazo que pone en evidencia su pequeñez en relación con la mole que es su marido. Alejandro, inclinándose con cierta dificultad, la besa con toda la ternura de la que es capaz, y su hijo mayor inicia un aplauso que pronto se contagia a toda la habitación.

Qué vergüenza… Al día siguiente, todo el mundo alabaría, en igual medida, el matrimonio y el vestido de “la Helenita”.

Andrea Bernardini
@ajbernardini

El silbido

Nunca sabe lo que silba, pero siempre son las mismas tres o cuatro canciones. No recuerda de dónde salieron y no las recuerda como favoritas. Cuando pierde el tiempo, el aliento que se le escapa de los pulmones las repite una y otra vez. Piensa que pueden ser canciones que escuchó a la pasada, de esas que pasan en los kioscos y los

supermercados, y por eso no las identifica. Bien podrían ser alguna que escuchaban sus hijos: una y otra y otra vez, hasta que ellos las olvidaron y él las interiorizó sin darse cuenta. Pero tiene la impresión de que son las mismas desde mucho antes. Podrían ser las canciones que él escuchaba de pibe y que olvidó. Pero silba las mismas cuatro desde antes. Y le costó bastante darse cuenta de que eran cuatro. Le costó enumerarlas por su irregular ciclicidad y porque una precondición de silbarle al silencio es el estar prestando atención a otra cosa. Nunca antes se había dado cuenta, pero aparentemente le gustaba silbar. Silbaba desde muy chico y, cuando lo hacía, sabía lo que silbaba; incluso a veces se arriesgaba a modificar las melodías. No, esas canciones entraban en el tiempo entre los tiempos. En la inconsciencia, o en un tipo de inconciencia diferente a la de los kioscos y los supermercados. Una conciencia anterior. Posiblemente las escuchó de su padre cuando era chico —al viejo le gustaba cantar—. O las escuchó de su madre, cuando estaba en su panza. Bien podría ser.

Se le ocurre entonces que su madre podría haberlas conocido por un proceso similar al suyo. Deja de husmear en la música de su adolescencia y busca en la computadora los tangos más diversos y, después, canciones de inmigrantes, y cree haber encontrado una, pero no. Le sigue folklore italiano. Descarta docenas de canciones y sigue retrocediendo. Un buen rato después se le ocurre la terrible y genial idea de que las canciones pueden rastrearse hacia atrás indefinidamente.

Cristian Cousseau
@cris.cous

El colectivo

Se subió al colectivo con suma pesadumbre. No había llegado a tomar el anterior porque lo había visto salir a mitad de cuadra, porque estaba borracho y porque la embriaguez le había impedido acelerar el paso. El calor de múltiples respiraciones humanas lo envolvió rápidamente. Pasó la tarjeta haciendo un esfuerzo inhumano por restablecer momentáneamente su coordinación mano-ojo y se arrastró al único asiento vacío que quedaba, mientras una de las cejas del colectivero se alzaba en la penumbra de la cabina. Intentó mantenerse derecho para apaciguar el mareo y pispeó instintivamente a quienes lo rodeaban: la mayoría eran ancianos que murmuraban entre ellos, o

iban peleando o perdiendo contra el sueño. Relajándose, estiró las piernas, pero se dio cuenta de que eso le hacía perder el equilibrio y volvió a flexionarlas. Advirtió con sumo decoro que se había meado una zapatilla. Arrastró el pie meado contra el piso sin darle demasiada importancia y sintió que el colectivo desaceleraba. Se abrió la puerta y pasaron dos mujeres gordísimas que lo miraron con asco mirarse el pie meado. Se había inclinado hacia la ventanilla para apoyar la frente en el cristal frío cuando escuchó a las mujeres pedir el asiento a una parejita.

Cuando el colectivo volvió a desacelerar, tuvo la sensación de que se había quedado dormido, cosa que confirmó cuando vio a varias personas desconocidas tomadas de los pasamanos. Bostezó despegando la frente de la ventana y se entretuvo mirando de reojo las minifaldas de dos chicas paradas pocos asientos delante de él. El vapor de su cargado aliento tapó parte del sol que comenzaba lentamente a amanecer. Las piernas de las chicas se flexionaban en contra o a favor de los movimientos del colectivo y las minifaldas se subían, se subían, se subían y eran acomodadas por manos llenas de anillos.

Nadie bajó en la siguiente parada y las demás personas que subieron acabaron con su fugaz entretenimiento. Madres con hijos de la mano le hicieron recordar lo borracho que estaba. La hora de ir a la escuela le avivó los jugos gástricos y lo perdió en la parte baja del asiento frente a él, obligándolo a cerrar los ojos y a abrirlos inmediatamente ante la sensación de que el colectivo daba vueltas alrededor. Durante el tiempo en que se concentró para no vomitar este desaceleró y aceleró varias veces, pero nunca escuchó abrirse la puerta de atrás. Cuando finalmente ganó fuerzas para alzar la vista, aún movido el estómago por la última detención, vio saltar a un muchacho sobre un grupo de abuelas para hacerse espacio. Las madres resguardaban a sus niños entre las piernas y las chicas se habían sentado en el respaldo de dos asientos, entre un bosque de cabezas. Comenzó a sentir que tragaba muchísima saliva y buscó en todos sus bolsillos algo que lo calmara. Rápidamente perdió la esperanza y se reencontró con sus llaves, una dirección anotada en un trozo de revista, la tarjeta del colectivo y un cigarrillo a medio fumar. Volvió a apoyar la frente contra la ventana y esperó lo mejor.

Despertó al sentir que le faltaba el aire y se encontró parpadeando a centímetros de la ventanilla, sin posibilidad de moverse. Tenía a una

de las mujeres gordas sentada sobre él y a un anciano colgado del cuello en un ángulo tan incómodo que su axila lo estaba estrangulando. Una nena se había colado entre el anciano y el techo y parecía dormir allí plácidamente. El aire se había viciado aún más a razón del apelmazamiento de gente, por lo que no pasó demasiado hasta que sintió caer la transpiración, tanto suya como de la axila que lo asfixiaba. El mareo había dado lugar a la descompostura, ayudado por la presión que ejercía la mujer sobre su estómago. Se sacudió levemente intentando no despertar a la nena, y pudo girarse lo suficiente como para mirar al frente, pero no pudo ver más allá de la serpenteante columna vertebral de alguien en su misma situación. La creciente necesidad de descomprimirse lo hizo esforzarse por cambiar de ángulo, lo que lo hizo notar que no pasaría mucho hasta que necesitara orinar. A esta caída en cuenta le siguió un nuevo descenso de velocidad y pronto se escucharon algunas cabezas tintinear contra el parabrisas. Se oyeron algunas palabras, perdidas entre la multitud, y le siguió un silencio mortuorio. Pero el colectivo no avanzaba, como si se hubiese atorado en el cordón de aquella calle céntrica. El hombre sentado sobre el hombre sentado en el asiento de adelante cayó de espaldas sobre la mujer gorda y el peso extra se hizo sentir en sus intestinos. La niña se cayó del viejo y varios rostros y miembros nuevos aparecieron en los pocos lugares antes vacíos. No hubo señal de retomar la marcha hasta que se vio desfigurado contra la ventanilla, ya sin sentir brazos ni piernas. Un vendedor ambulante había ido a parar junto a él y le ofrecía medias cortas y largas a precios de liquidación; el piercing de alguien se le estaba clavando en el omóplato y el conductor yacía estrujado contra su pie meado.

El colectivo pararía otra vez y no cabría espacio ni para un suspiro. El taco de algún pie vestido en carísimos zapatos fue a introducírsele en la boca del estómago y finalmente lo quebró. El vómito corrió por la pierna vestida en cancanes negros y cayó sobre la mujer, el colectivero y varios más. El colectivo paró otra vez, y otra más, y una última. Cuando había pasado un tiempo desde que no podía determinarse dónde terminaba una persona y comenzaba la otra el continuo espacio-temporal colapsó y el colectivo desapareció, dejando nada más que un soplido tibio en el pavimento recién amanecido.

Fernanda Bustos
@ferbus

E Hipatia de Alejandría dijo

En todas las cosas
hay simetría.

Dame tu mano,
tocá acá…
¿No son lindas?

¿Podés sentir
detrás de ellas el latir
de un órgano
de cuatro cuencas?

Bombea y bombea
agua-fuego
a través de pequeños ríos
de costas gemelas.

¿Ves? Te hice tocar
y el rubor de su fluir
siguió tus dedos.

Hay simetría en la mujer
y en el hombre,
y también entre ellos.

No tenés que ir más lejos
que al estuario
donde la simetría de mis piernas
converge.

Sentí como amanezco
sobre el faro
que has descubierto.

Como la cúpula
se funde con el cielo,
que soy yo.

Escuchá, escuchá
los gemidos simétricos,
mientras llueve sobre vos
y me llena.

Ahora,
no seas codicioso
en estas nuevas costas,
marinero.

Así,
andá despacio
como la marea.

Así podremos llegar
a la par
a buen puerto.

Gabriela Novalis
@venus_de_las_pieles

TU
PUBLICIDAD
ACÁ